

á nuestro enemigo. Dios no toma parte en esto, como no lo sea el ultraje que recibe por nuestra injusta preferencia. (1)

1 Dios no hace el mal que es mancha, sino solo el que es castigo. Cuyo axioma expresa Santo Tomás diciendo: *Deus est auctor mali pœnæ, non autem mali culpæ.* 1. p. q. XLVIII. art. 6.

*** En el cap. XVIII de Ezequiel; Dios responde directamente á la acusacion blasfema que se le hace sobre los pecados y la condenacion de los hombres; y entre otras, pone estas notabilísimas palabras: *Acaso mis caminos no son justos... y no antes vuestros caminos son malos?... Yo no quiero la muerte del que muere, dice el Señor Dios, convertíos, y vivid*

En el mismo sentido se expresó hace 1,700 años, San Ireneo, que hablando de los condenados dice así: "Envueltos están en toda clase de penas; y esto, no porque Dios los castigue por sí como causa principal; sino porque la pena los acosa, por cuanto están faltos y desesperados de todo bien.... al modo que los ciegos en medio de la luz nada ven, y no es porque la luz les imponga la pena de la ceguera, &c." (*Adv. Hær.*, lib. V, cap. 27).

Así es, que prescindiendo por un momento del decreto justísimo y adorable de Dios, el infierno, (que es lo más duro) se puede explicar contra los incrédulos sin más que considerar la naturaleza humana en sí misma. En efecto, nuestra alma es inmortal por su propia naturaleza; para que dure eternamente, ¿qué se necesita? Dejarla existir, no aniquilarla.

La mayor pena del infierno, dice la teología católica con profunda sabiduría, es la de daño, la privacion de Dios. Sea, pues, un hombre que voluntariamente muere enemigo de Dios, en pecado mortal; tales son todos los que se condenan. ¿Qué es menester para que ese hombre esté eternamente privado del Cielo? Dios no tiene que hacer nada: basta con no llevarle á la gloria, basta con no darse á él.

¿Y que le pasará naturalmente á este infeliz? Al morir, penetra en la region de la verdad: allí desembarazado del cuerpo, que *aggravat animam*, vé con claridad indeciblemente mayor que aquí; vé lo que vale la posesion eterna de Dios; vé lo que no valen las cosas de acá que antepuso á Dios; vé cuán fácil le fué salvarse, cuántas ocasiones y avisos despreció; vé que la causa de su perdicion es él y concibe odio contra sí mismo; vé que se salvaron los que el ridiculizó, y pronuncia tarde y en vano aquel *nos insensati*... ¿Quién será capaz de calcular su desesperacion? La pérdida de un bien frívolo que pudimos conseguir, nos ocasiona dolor y amargura en esta vida. ¿Quién marcará los grados de la

¿Qué digo? En el mal que el hombre se hace á sí mismo, entregándose al demonio, Dios solo interviene para prevenirlo y para repararlo.

Dios lo previene. A fin de poner á Adán y á sus hijos á cubierto de las seducciones y del tentador, los provee de todos los medios de resistencia y les anuncia claramente las consecuencias inevitables de su infidelidad. Si desobedeceis, morireis, *morte moriemini*. Adán arrostra temerario esta amenaza, sus descendientes le imitan. El diluvio viene á vengar á Dios ultrajado: pero el hombre se obstina en su rebeldía. Apenas pasada la catástrofe, los descendientes de Noé vuelven la espalda al Señor, y se entregan de propósito al culto del demonio. No obstante las nuevas amenazas y los nuevos castigos, Satanás se hace el dios y rey de este mundo. Lo mismo que hicieron los pecadores de otros tiempos, lo vemos nosotros hacer á los pecadores de nuestros días. ¿A quién deberán culpar del poder formidable del demonio y de su lamentable esclavitud?

Veo á un padre lleno de ternura y de experiencia que dice á su hijo primogénito: No me abandones. Si te apartas de mí, caerás en un abismo, en cuyo fondo hay un mónico amargura y del dolor de un condenado, al ver lo que perdió, por qué lo perdió, &c?

Más todavía: los grandes sinsabores del espíritu, por la constitucion natural del hombre, influyen sobre el cuerpo, y lo ponen malo, le hacen sufrir. ¿Cuánto no deberá sufrir en su día, por esa sola razon, el cuerpo del condenado?

Tenemos, pues, eternidad, pena de daño, positiva é indecible afliccion en el espíritu, tormentos incalculables en el cuerpo. Desarrollad estas indicaciones, y decidme si es poco infierno eso.

Cuentan que un dia Fichte dijo á sus discípulos: "Hoy vamos á crear á Dios." Ridiculizando esa frase, tan necia como impía, del filósofo alemán, algun Catedrático ha podido decir á los suyos. "Vamos á hacer el infierno, sin molestar á Dios para nada."

(Nota del Traductor.)

truo ansioso de devorarte. El hijo desobedece, cae en el abismo y el mónstruo lo devora. El ejemplo del primogénito no hace más cautos á los otros hermanos, y caen en el abismo y son igualmente devorados por el mónstruo. ¿Podrán esos hijos inculpar al padre por su desdicha? En ese padre vemos á Dios: en esos hijos indóciles vemos á Adan y á todas las generaciones de pecadores, que se han sucedido desde la caída original. Es, pues, una blasfemia hacer á Dios responsable de nuestras caídas y del poder tiránico del demonio sobre el mundo culpable.

Dios lo repara. Apenas el hombre se ha vendido, cuando para rescatarlo da el Señor la sangre de su propio Hijo. Este Hijo adorable, regenerando con su sangre al hombre, se presenta cual segundo Adan, troneo de un nuevo género humano restaurado en todos sus derechos perdidos. Y como basta con ser hijo del primer Adan para ser esclavo del demonio, para que concluya esta esclavitud basta hacerse hijo del segundo Adan. (1)

Así en el poder dejado al demonio por la sabiduría infinita no hay que ver sino dos cosas: la primera un estado de prueba, necesaria para conquistar el reino eterno; la segunda, la grandeza de la recompensa, que será el fruto de una victoria á tanto precio comprada. Resta saber cómo se hace uno hijo del segundo Adan, y si todos pueden serlo.

El hombre es hijo del hombre por generacion humana y se hace hijo de Dios por otra generacion divina. Esta generacion se verifica en el Bautismo. Mas aquí reaparece como una objecion insoluble, el inmenso imperio del demonio en todas las épocas de la historia.

Por una parte, Dios quiere la salvacion de todos los hom-

1. Sicut in Adam omnes meriuntur, ita et in Christo omnes vivificabuntur. I *Cor.*, xv, 22.

bres: y la quiere con voluntad positiva, pues su Hijo ha muerto por todos los hombres. Pero la salvacion no es solamente la posesion de una felicidad natural despues de la muerte, ni la exencion de la pena del infierno, sino la bienaventuranza sobrenatural, que consiste en la vision intuitiva de Dios (1). Por otra parte, ninguno puede salvarse sin ser bautizado (2). ¿Cómo, pues, conciliar con el estado antiguo del linage humano y con la estadística actual, la posibilidad del Bautismo para todos los hombres? ¿Qué medio han tenido, ni tienen tampoco ahora para bautizarse tantos millares de criaturas humanas, completamente extrañas al Cristianismo? ¿Se tendrá que admitir, por ejemplo, que todos los niños, que desde hace seis mil años han nacido fuera del Cristianismo y han muerto ántes de poder pecar, estén eternamente privados de la vision de Dios? Si esto es así, ¿cómo se establece que Dios ha provisto suficientemente á la reparacion del mal?

1. Omnes homines vult salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire. I *Tim.*, xvi, 4.—Pro omnibus mortuus est Christus, ut et qui vivunt jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis, mortuus est et resurrexit. II *Corn.*, v. 15.—Benedictus Deus et pater Domini nostri Jesu Christi, qui secundum misericordiam suam magnam regeneravit non in spem vivam, per resurrectionem Jesu Christi ex mortuis, in hæreditatem incorruptibilem et incontaminatam et immarcessibilem, conservatam in caelis in vobis. I *Petr.*, 1, 3 et 4.—Deus autem omnis gratiæ, qui vocavit nos in æternam suam gloriæ in Christo Jesu *Id.*, v. 10.—El objeto de la redencion es restituir al hombre con aumento todo lo que perdió por el pecado original. Pues Adan, es decir, todo el género humano, fué constituido en un estado de justicia sobrenatural, cuyo término es la vision clara de Dios en el cielo. Luego el fruto de la redencion es restituir á todo hombre el estado sobrenatural y el cielo á que conduce. *Conc. Trid.*, sess. v, *De Peccat. orig.*

2. Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei. *Joan.*, iii, 5.

Todo esto es un misterio. Pero lo repetimos: porque una verdad sea misteriosa, no por eso es menos cierta. Ahora bien, que Dios haya proveído suficientemente á la reparacion del mal, dando á cada hombre todos los medios de salvacion, es una verdad tan cierta como la existencia misma de Dios. Admitir lo contrario, seria admitir un Dios sin verdad, sin poder, sin sabiduria, sin bondad infinita, un Dios que quiere el fin sin querer los medios, un Dios que no es Dios, un Dios-nada. Esta respuesta del buen sentido es perentoria y con ella podríamos contentarnos. Sin embargo, tentaremos dar algunas explicaciones en el capítulo siguiente.

CAPITULO VII.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—Nuevas pruebas de la reparacion del mal y de la posibilidad de salvacion para todos los hombres.—Dogma católico: la circuncision, la fe, el Bautismo —Qué fe sea necesaria para la salvacion y para que se pardone el pecado original.—Doctrina de San Agustin y de Santo Tomás.—De los niños que mueran antes de salir á luz — Los adultos.—Resumen de las pruebas y las respuestas.

“Ser salvo, enseña la teología católica, es ser incorporado á Jesucristo, el nuevo Adán. Aun antes de la Encarnacion del Verbo y desde el origen del mundo, la salvacion no ha sido posible sino con esta condicion. Escrito está: *No hay otro nombre debajo del cielo, dado á los hombres, en que podamos ser salvos.* Pero antes de la Encarnacion los hombres se incorporaban á Jesucristo por la fe en su venida futura: signo de esta fe era la circuncision. Antes de la circuncision, se le incorporaban por la fe sola y por el sacrificio, signo de la fe de los antiguos Padres. Despues del Evangelio, se verifica la incorporacion por el Bautismo. El mismo sacramento del Bautismo no ha sido, pues, necesario siempre para la salvacion; pero sí lo ha sido siempre la fe cuyo signo sacramental es el bautismo (1).”

La circunstancia no era, como se ve, sino una señal local y pasajera. Como exclusivamente propia de la raza judía

1. Et ideo licet ipsum sacramentum baptismi non semper fuerit necessarium ad salutem; fides tamen, cujus baptismus sacramentum est, semper necessaria fuit. *S. Th.*, III, p. q. LXVIII, art. 1.